

## **DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA. A LOS 90 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ANTONIO NUÑEZ JIMÉNEZ**

**Rolando Álvarez Estévez**

Después de cumplimentarse el programa de actividades para las delegaciones fraternales por el X Aniversario de la creación de la Academia de Ciencias de Cuba, el cual se realizó entre el 19 y el 25 de febrero de 1972, su Presidente, el doctor Antonio Núñez Jiménez expresó a varios integrantes de la Presidencia, en tono jubiloso y fraternal, pero sobre todo con gran humildad: “Creo que estamos dando pasos serios para que nuestra patria pueda tener en un futuro la Academia de Ciencias que se merece”.

Había transcurrido una década de haberse dado a conocer la Ley 1011 de fecha 20 de febrero de 1962, firmada por el Presidente de la República de Cuba doctor Osvaldo Dorticós Torrado, el Primer Ministro Fidel Castro Ruz y el Ministro de Educación Armando Hart Dávalos, que creaba la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, la cual debía estar “integrada por personas de reconocida capacidad científica y cultural, representativas de las distintas ramas de las ciencias...”

Paralelamente a la ley citada se designó, mediante decreto presidencial, a Antonio Núñez Jiménez, como Presidente de la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, así como a los prestigiosos científicos e intelectuales como miembros: Juan Marinello Vidaurreta, Fernando Ortiz Fernández, Emilio Roig de Leuchsenring, José López Sánchez, Julio LeRiverend Brusone, Salvador Massip Valdés, Abelardo Moreno Bonilla, Gilberto Silva Tablada y José B. Altshuler Gutwert. La institución que surgía tendría como sede el Capitolio Nacional, que hasta el 1 de enero de 1959 fue centro de la politiquería y la corrupción.

Como antecedente de suma importancia en relación con las ciencias en Cuba, se tenía muy presente el discurso del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el XX Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, de fecha 15 de enero de 1960, cuando expresó: “El futuro de nuestra Patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento, porque precisamente es lo que estamos sembrando; lo que estamos sembrando son oportunidades a la inteligencia, ya que una parte considerabilísima de nuestro pueblo no tenía acceso a la cultura, ni a la ciencia”.

Fidel nunca dejó de estar atento a los programas científicos que emprendía la Academia. Fue el orientador principal, la guía confiable y segura para hacer realidad aquella sentencia dicha por él en el edificio que fuera la sede de la Real

Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, creada en 1861 y que tuvo entre su membresía a figuras cimeras de las ciencias, entre ellos a Felipe Poey y Carlos J. Finlay y muchos más.

Sin lugar a dudas, los años transcurridos a partir de 1962, habían sido de intenso bregar, en que nada podía impedir responder a la confianza y la esperanza depositada en la nueva institución científica, sobre todo, como un importante soporte a los planes de desarrollo económico y social de la Revolución. En la realidad concreta de Cuba, la ciencia debía convertirse en una fuerza productiva cada vez más activa.

Para alcanzar los objetivos trazados en la Ley 1011, además de los que integraban la Comisión Nacional, se contó con una excelente relación de otros intelectuales y científicos cubanos, lo que desde un primer momento tendía a asegurar el éxito de las numerosas tareas encargadas por la Dirección del Gobierno y el Estado cubanos.

Si bien personalidades como los sabios Fernando Ortíz y Tomás Roig, así como los destacados intelectuales Juan Marinello y Emilio Roig de Leuchsenring no ocuparon cargos de dirección en las distintas dependencias científicas de la Academia sí serían asesores permanentes de la obra que se iniciaba. Paulatinamente, otros, los doctores Pedro Cañas Abril, Darío Guitart Manday, Abelardo Moreno Bonilla, Mario Rodríguez Ramírez, Argeliers León, José Antonio Portuondo, Luis Larragoiti, Mariano Rodríguez Solveira, los que representaban las diversas ramas de las ciencias, tanto naturales como sociales, se encargarían de implementar, como directores de los Institutos que surgían, el desarrollo científico de diferentes especialidades.

La memorable visita del Comandante Ernesto Che Guevara, a la Academia, el 24 de abril de 1964, fue tan estimulante como orientadora para los planes perspectivas de la institución que daba sus primeros pasos en lo que a la jerarquización de las ciencias se refiere. La misma se produjo en la Reunión de Directores, convocada para analizar la participación de la Academia en los planes agrícolas de la Revolución.

En esa oportunidad el Che puntualizó varios aspectos, y de manera particular expresó: “Y una Academia de Ciencias que debe ser el resultado de la comprensión de la ciencia de los componentes más altos de la ciencia de un país, cualquiera que sea su desarrollo, tiene que plantearse los problemas políticos y económicos que están detrás de cada una de estas cuestiones”.

“Entonces, a mí me parece que esto es algo que debe ser una tarea concretísima y de primer orden de la Academia. No para ahora, no pretender ahora estar trabajando sobre la física atómica, con los ojos puestos en el Plan del 65 ó 70, sino ver qué es lo que va a pasar en el mundo en los próximos veinte años.

Cuáles son las líneas de desarrollo que el mundo va a adoptar, y que no hace más de diez años existían, a través de la química, la electrónica, las ciencias atómicas, en fin, que harán variar todos los procedimientos tecnológicos”.

“Me parece que en general, la Academia de Ciencias está dando el salto de calidad que necesitaba en esta primera etapa”.

El 3 de diciembre de 1964 también se produjo un hecho de gran importancia. La estancia en Cuba del científico francés André Voisin –creador del novedoso sistema de pastoreo de ganado identificado universalmente con su nombre-, invitado especialmente por el Comandante en Jefe. Voisin, ofreció un ciclo de conferencias donde el propio Fidel asistió a varias de las mismas. Habiendo sido sorprendido por la muerte en plena actividad y respetando su voluntad, sus restos descansan en Cuba. Falleció 18 días después, el 21 de diciembre.

Por supuesto, desarrollar la Academia demandaba intercambiar experiencias con otras de la comunidad socialista. Un largo periplo de Núñez Jiménez, en el año 1963, que lo llevó hasta la República Popular China, así como a la Unión Soviética, Polonia, República Democrática Alemana, Mongolia, Bulgaria, Rumanía, Checoslovaquia y Hungría, fue altamente beneficioso. Hubo consenso en cuanto a que los países socialistas de más desarrollo necesitaban complementar muchas de sus investigaciones de las ciencias biológicas y de la tierra en la otra cara del planeta, es decir, en el Hemisferio Occidental.

La solidaridad científica hacia la naciente Academia de Ciencias no se hizo esperar. Comenzaron a llegar a Cuba especialistas de distintas ramas. Sería un proceso activo que no se detendría en el curso de los años y que se realizó bajo el principio entre las Academias de no considerar a la ciencia como una mercancía, ni a los científicos como objetos valorables en divisas.

De igual manera, se iniciaron relaciones oficiales de colaboración técnico-científica con organismos internacionales como la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización de la Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

A nuestro juicio, a partir de 1965 se comienza el gran despegue de nuestra Academia, con una estrategia bien clara, o sea, el estudio y la vinculación de sus planes de trabajo siempre condicionados a las necesidades del país. Fue el año en que se inauguraron los Institutos de Geografía, Oceanología, Suelos, Biología, Investigaciones Tropicales y Meteorología. Decisivo fue para la fundación de esta última institución la decisión del entonces Ministro de las FAR, Raúl Castro Ruz, de traspasar a la Academia de Ciencias el Observatorio Nacional, lo cual posibilitaba organizar una eficiente red meteorológica.

Para las nuevas dependencias que surgían resultaban indispensables las edificaciones donde radicarían. Cuánto se pudiera hablar de cómo se adjudicaron a la Academia amplias y bellas residencias para un fin científico. Así, y solo como un ejemplo, en la residencia que sirvió de lugar de descanso del dictador Gerardo Machado, se ubicaron los laboratorios de lateritas, convirtiéndose después en la sede del Instituto de Geología. Otros Institutos habían nacido en sólidos y bellos edificios como fueron el de Literatura y Lingüística, en la sede de la Sociedad Económica de Amigos del País y Etnología y Folclore, en el Palacio Aldama.

Se comenzó la experiencia de conformar expediciones científicas que se asentaban en planes especiales y que contribuían a proyectos de desarrollo concretos como fueron: Pinares de Mayarí, Guane, Isla de Pinos, Cayajabos, y la Isla de Pinos.

En coordinación con el Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de la URSS, se emprendió una obra de suma importancia para el país, el Atlas Nacional de Cuba, para cuyo objetivo la contrapartida soviética facilitó innumerables recursos: capital humano-científico, laboratorios y medios de transporte.

Esta tarea gigante que involucró de una manera u otra a varios ministerios e instituciones cubanas fue una obra cartográfica compleja, de carácter científico y de suma importancia para conocer los recursos del país. Tuvo sus primeros pasos en 1965 y se culminó en 1968. La idea de preparar aceleradamente la publicación del Atlas, lo que tuvo lugar en el año 1970, respondió a la aguda necesidad de emplearlo como instrumento de la planificación nacional.

Lo sucedido con la realización del Atlas en cuanto al transporte e instrumental de laboratorio que arribaba para investigaciones científicas en nuestras dependencias, por lo general, al final era donado a los institutos y departamentos donde se había trabajado de conjunto. Igual aconteció en el caso del Mapa Básico y la monografía de Suelos comenzados antes con la Academia de Ciencias de la República Popular China, y terminados con la colaboración soviética y francesa. Ello fue una tónica. En cierta medida respondía a la petición de la parte cubana de que nuestros institutos fueran apadrinados por otras Academias Socialistas, lo que tuvo excelentes resultados.

Un significativo espaldarazo a los planes de desarrollo de nuestra Academia fue la celebración de la Reunión de las Academias de Ciencias Socialistas, en La Habana, iniciada el 2 de diciembre de 1966.

Este evento fue considerado por Núñez como un poderoso logro político, además de lo que representó implícitamente por su alto contenido científico, y donde se acordó la ampliación de la colaboración científica, mediante firmas de convenios, hasta el año 1968.

De aquellas muestras de solidaridad fue la celebración en Cuba, al más alto nivel, de la Reunión de las Academias de Ciencias Socialistas para los estudios geológicos, celebrada en febrero de 1968, tarea que demandó grandes recursos de otras Academias y una seria organización por la parte cubana.

Lo anterior respondió a un acuerdo alcanzado por la delegación cubana, presidida por Núñez Jiménez, en la Reunión celebrada en Praga, Checoslovaquia, en septiembre de 1967, y que posibilitó mediante la colaboración internacional de las Academias, que en corto tiempo arribaran a Cuba decenas de especialistas con el instrumental necesario. Durante largos e intensos meses, se realizaron los estudios que aportaron valiosos resultados para los planes de nuestro país en lo que respecta a los recursos minerales.

En el citado año 1968, se inauguró el Instituto de Química de los Alimentos con la colaboración de la Academia de Ciencias de Hungría, en cuya génesis y desarrollo fue fundamental el estímulo y la participación directa de la inolvidable heroína Vilma Espín Guillois, como dirigente político e Ingeniera Química.

Se fueron asimilando, por parte de otras Academias, conceptos básicos enarbolados por la nuestra y que fueron: Que la Academia de Ciencias de Cuba era la más joven del campo socialista y la primera del campo socialista en el hemisferio occidental.

Internamente, la Academia fue fortaleciendo sus estructuras en base a las experiencias acumuladas y a los retos que tenía por delante, dando paso a la constitución de un equipo de dirección que conformó su Presidencia: el Presidente, Dr. Antonio Núñez Jiménez, los Vicepresidentes, doctores José López Sánchez y Julio LeRiverend Brusone, y poco después el Ingeniero Tirso Sáenz, así como, quien redacta estas líneas como Secretario General. Eran cargos similares a los existentes en otras Academias Socialistas.

En el año 1969 tendrían lugar dos eventos de suma importancia organizados por nuestra Academia, la Asamblea de Balance y la información a los medios de difusión sobre el trabajo realizado. En ambos encuentros, aplicando un juicio crítico, señalando las deficiencias, alertando sobre el camino que faltaba por recorrer, y lo que había significado hasta entonces que la administración estuviera al servicio de la ciencia, el doctor Núñez Jiménez hizo una exhaustiva valoración de lo alcanzado.

La manera con que el personal científico, auxiliar y de servicios de las instituciones de la Academia cuidaban y aprovechaban los recursos entregados gratuitamente, se manifestó, por lo general, de manera positiva. Primó la seriedad y la responsabilidad en todo momento. Desde que se iniciara el tipo de colaboración mencionada y hasta el cierre del año 1968, 540 científicos y técnicos de otras Academias Socialistas, estuvieron en Cuba, lo que posibilitó un provechoso intercambio de experiencias.

El 25 de febrero de 1969, Núñez Jiménez informó que la ayuda recibida, fundamentalmente, de otras Academias de Ciencias, en el período 1963-1968, sobrepasaba los 10 millones de dólares, sin poderse valorar los equipos e instrumental científico de Institutos como el de Física Nuclear, el de Investigaciones Tropicales, el de Suelos o el de Química de los Alimentos. Esa información no dejó de ser impactante.

Con ello se demostraba las potencialidades contenidas en la práctica de una verdadera solidaridad, por demás desinteresada y fraternal, pero también una forma creativa y consciente de ahorrar, a favor de nuestro Gobierno Revolucionario, grandes sumas de dinero en divisas y recursos, en medio del bloqueo imperialista.

Entonces, ya se habían fundado 28 institutos de investigación, 62 estaciones meteorológicas, 2 estaciones de rastreo de satélites artificiales, 3 estaciones astronómicas, 4 de geofísica y un sistema de bibliotecas. De los 3,500 trabajadores de la Academia existentes en el país, 1,000 estaban vinculados a la investigación científica.

Un año después, en 1970, la Academia contaba con 31 Institutos, Departamentos y Grupos de Trabajo, que se agrupaban en distintas secciones científicas. Estas eran: Agrícola, Biológica, Ciencias Sociales, Informática y Tecnología, Geociencias, Atmosférica y Ciencias del Mar. Entonces, el Instituto de Física Nuclear era atendido directamente por la Presidencia de la Academia. Poco después se integraría a la Sección de Informática y Nuclear.

Para arribar a ese momento fue un principio inviolable desarrollar una correcta política de cuadros, lo que fue acompañado de la formación de técnicos y especialistas forjados en los propios laboratorios, o en aulas de las distintas dependencias. Muchos de los egresados de nivel tecnológico de los centros de estudio “Álvaro Reinoso” y “Rubén Martínez Villena”, se convirtieron, en el transcurrir de los años, en especialistas de alto nivel, como sucedió con los ubicados en el Instituto de Suelos. En el año 1969 existían 18 escuelas en las diferentes dependencias de la Academia, incluyendo las filiales de la Isla de Pinos y Oriente. Desde su fundación en 1965, el Instituto de Meteorología había graduado 30 meteorólogos, 187 observadores, y en el año citado tenía una matrícula de 145 estudiantes.

Cuando se inauguró en 1969 la filial de la Academia en la Isla de Pinos, el pueblo de la Melvis contó con la segunda escuela de Meteorología, con alumnos de ese territorio, y profesores experimentados. Y era que Núñez Jiménez, con su visión científica tenía decidido concretar un hecho muy importante relacionado con la vida de la segunda isla en tamaño del Archipiélago cubano, o sea, situar en Punta del Este un centro de investigaciones y como parte de éste, un moderno radar

meteorológico que diera protección a dicha isla ante el fenómeno de los huracanes, lo cual se concretó posteriormente. Como simples trabajadores, en aquellas obras laboraron numerosos estudiantes de la escuela de Meteorología, situada en Casa Blanca.

Como parte de la formación de cuadros una cantidad importante de especialistas que laboraban en las dependencias científicas de la Academia disfrutaron de becas en instituciones homólogas en el exterior. Todos los seleccionados tenían como misión principal y única profundizar sus conocimientos y al regreso aplicarlos en las dependencias donde laboraban. Se debe hacer la salvedad de que en los primeros años la política seguida fue la de formar especialistas en los Institutos, en lo que fue decisiva la presencia de numerosos científicos llegados a Cuba. Inclusive, en los barcos soviéticos utilizados en las expediciones científicas conjuntas con el Instituto de Oceanología, se graduaron muchos técnicos y especialistas cubanos.

Fue nuestro Comandante en Jefe quien delineó, junto a la inolvidable Celia Sánchez Manduley – el hada madrina de la Academia, como la llamara Núñez Jiménez-, las construcciones tipo holandesas que se realizaron en la Meseta de la Mensura, en Pinares de Mayarí, entre 1966 y 1967, donde se creó un centro científico destinado a respaldar los trabajos de terraceo de montañas, la silvicultura, y el plan agrícola existente en la zona. Allí también se puso en funcionamiento una estación agrometeorológica, debido al microclima existente y la altura donde se hallaban las instalaciones. De suma importancia fueron los cursos impartidos en dicho lugar por el científico italiano Tomasso del Pelo Pardi en materia de suelos, que tuvo al Comandante en Jefe como uno de los participantes. En ese lugar y a la muerte de dicho científico, gran amigo de Cuba, se erigió un busto en recuerdo a él y sus aportes y enseñanzas científicas.

Otro ejemplo de cómo Fidel deseaba impulsar la ciencia en Cuba, fue la jerarquización que otorgó a las obras de adaptación y a la inauguración del Instituto de Física Nuclear. Para ello entregó a la Academia el edificio principal de la que fuera, durante la dictadura batistiana, la Escuela de Cadetes de Managua. Junto a Fidel, en el momento inaugural de la nueva institución, se hallaban Raúl, Dorticós y Vladimir Novikov, Viceprimer ministro de la URSS, y numerosos invitados. Era el 9 de junio de 1969. Tanto los laboratorios de química y física, como el reactor subcrítico, habían sido donados por la parte soviética.

Práctica de la Academia de Ciencias de Cuba fue mantener y desarrollar creativos vínculos institucionales con los Ministerios de Salud Pública, Agricultura, Minería, Recursos Hidráulicos, el Instituto Cubano de Investigaciones de los Derivados la Caña de Azúcar (ICIDCA), el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CENIC), entre otros. De manera particular, esas relaciones fueron muy intensas con la Universidad de La Habana, en los años en que fue Rector el doctor José Miyar Barruecos. Una de las experiencias conjuntas fue la elaboración de

proyectos y la creación de grupos de trabajo para la construcción del viaducto que debía enlazar a la Isla de Cuba con la Isla de Pinos a través del golfo de Batabanó. Este fue, posiblemente, uno de los primeros grupos que laboró la idea y el diseño de un viaducto para conectar las restantes islas del archipiélago cubano lo que vendría a ser el primer antecedente de obras que hoy son ya una realidad en varios cayos de la costa norte y que han abierto accesos eficientes a enormes extensiones del territorio nacional.

Los proyectos del viaducto hacia Isla de Pinos, como del Metro de La Habana, fueron de aquellas obras que por más que hubieran sido convenientes y necesarias, resultaron imposibles de alcanzar.

Especialistas de varios institutos de la Academia de Ciencias de Cuba llegaron a impartir docencia en la Universidad de la Habana y en la Universidad de Oriente. Al mismo tiempo, fue una política y un concepto inviolable por parte de la Presidencia de la Academia combatir cualquier manifestación interna que propugnara el monopolio científico por parte de la institución. Las relaciones con otras instituciones se caracterizaron por la integración y la transparencia.

Después de años de experiencias en las investigaciones, sobre todo en las distintas regiones del país, se planteó por el Presidente de la Academia, como una impostergable decisión, la socialización de las investigaciones, mediante publicaciones especializadas.

Para lograr ese objetivo se acordó fundar la imprenta de la Academia de Ciencias, que comenzó a funcionar en una vieja edificación situada frente al Capitolio Nacional. Las máquinas impresoras fueron recuperadas o donadas por la industria poligráfica cubana.

En poco tiempo y con excelente presentación comenzaron a publicarse folletos con contenidos científicos que tenían el nombre de “Serie” en la portada. Antes del X aniversario de la Academia ya se habían editado un total de 168 números de ese título. En ese contexto, también surgió la revista “Agricultura”, para la cual Fidel tuvo frases de elogio, como fue la que contenía el trabajo “Climarregiones de Cuba”.

Por si ello fuera poco, en aquella imprenta, donde participaron numerosos trabajadores de la Academia para rehabilitar el local donde se ubicó, se llegaron a editar, además, medio centenar de libros científicos. Ello fue un gran paso en beneficio de la ciencia cubana. Cabe aquí recordar la expresión de Núñez Jiménez, de que debía “conceptuársenos como los trabajadores científicos que creamos nuestro propio centro de trabajo”. En realidad, así fue con respecto a la imprenta, pero también con cada institución científica que se creaba.



En esos años de forja de la Academia, muchos tuvimos como principal maestro a Núñez Jiménez. Al mismo tiempo que era un revolucionario-científico, era un científico-embajador, de vasta cultura y dotes de excelente organizador y comunicador. Su personalidad fue centro de atención de los más altos dirigentes de otras Academias de Ciencias. Se tenía muy presente junto a su prestigioso trabajo como geógrafo y espeleólogo –lo cual nunca abandonó-, el hecho de haber sido uno de los capitanes que bajo el mando del Che habían librado la lucha armada por la definitiva independencia de Cuba.

Los métodos de trabajo y el concepto de la formación de cuadros que aplicaba Núñez Jiménez con los jóvenes fueron bien eficaces. Mi experiencia personal así lo atestigua. Tenía 25 años cuando un cercano colaborador del Guerrillero Heroico, el capitán Jesús Suárez Gayol, a quien conocí en la lucha clandestina contra la dictadura batistiana, me llevó al encuentro con Núñez. Jamás podré olvidar o dejar de reconocer que éste depositó en mi persona, desde el primer momento, la mayor confianza. En la Academia y así lo quiso él, transitó, entre 1964 y 1973, por diferentes funciones hasta ser nombrado Secretario General y después Vicepresidente. Con el tiempo me honró en haber sido uno de sus más cercanos colaboradores, y cumplir con las más variadas misiones en Cuba y en el exterior.

Tuve el privilegio de estar al lado de Núñez Jiménez en momentos trascendentes para el desarrollo de nuestra Academia. Por ejemplo, en lo interno me designó como su representante en los distintos planes especiales que desarrollaba la Revolución, dirigir Institutos como el de Oceanología o las Delegaciones de Isla de Pinos y Oriente y presidir delegaciones en el exterior.

Memorables fueron los encuentros, junto a él con el Presidente de la Academia de Ciencias de la URSS, el Académico Keldish; la conversación con el Profesor Morojov, Vicepresidente del Comité Estatal para la Energía Atómica de la URSS, donde se concretó la donación del reactor atómico subcrítico a nuestra Academia; el recibimiento que se nos hiciera en la Academia de Ciencias de Francia y en el Centro Nacional de la Investigación Científica de ese país. Inolvidable fue la conversación con el Presidente Salvador Allende, cuando me envió a Chile para la firma de los acuerdos derivados de la primera Reunión de la Comisión Intergubernamental Chileno-Cubana de Cooperación Científico –Tecnológica, en febrero de 1972.

Aquella querida Academia de Ciencias y su proceso fundacional de institutos, departamentos y grupos de trabajo que se extendió por una década, incuestionablemente llenó un vacío en el desarrollo científico del país. Desde un principio, y según palabras del doctor Núñez Jiménez, la Academia de Ciencias dedicó energías a desarrollar nuevos centros de investigación, fundamentalmente, en aquellas ramas de la ciencia con escaso desarrollo en Cuba o que no existían en absoluto. Fueron antecedentes que no se pueden obviar a la hora de valorar la

historia de las ciencias en Cuba. Es más, y lo cual entonces causaba asombro en muchos, tanto en Cuba como en el exterior, que a pocos meses de haber culminado la Campaña de Alfabetización, el 22 de diciembre de 1961, y declararse a Cuba Territorio Libre de Analfabetismo, la Dirección de la Revolución tomaba la decisión de fundar la primera Academia Socialista en el Hemisferio Occidental, en un país que el 31 de diciembre de 1960 tenía una población total estimada de 7 077, 190 habitantes, y que al inicio de la Campaña mencionada su analfabetismo absoluto era de un 23,6%.

La continuidad de la Academia creada en 1962 – en la que existió un verdadero sentido de pertenencia por parte de los que trabajaron en ella-, es la que hoy tenemos y respetamos, en otro contexto científico, histórico y social. Instituciones de ayer, aún con igual nombre, u otras surgidas posteriormente, son sin lugar a dudas, por sus impresionantes resultados responsables del prestigio científico alcanzado por Cuba en el mundo, lo que no deja de causar gran admiración, sobre todo por ser un país bloqueado y subdesarrollado, en el que su capital humano, es la fundamental riqueza.

**Autor:**

**DrC. Rolando Álvarez Estévez**

Doctor en Ciencias e Investigador Titular.

Fue Vicepresidente de la Academia de Ciencias de Cuba.

*Presentado: 19 de septiembre de 2012  
Aprobado para publicación: 20 de junio de 2013*